

# La vida a cuestras\*



Alberto Moravia

Bofetadas, puñetazos, puntapiés. Aldea, drenaje, desechos, barraca, cama, silla. Madre, padre, hermana. Escuela, gruta, sótano. Tienda, banco, alhajas. Prisión, prisión, prisión... Habría podido decirles que nací y crecí en una aldea donde el drenaje estaba al descubierto y el montón de basura llegaba hasta los techos. Que viví en una barraca donde había solamente dos sillas y una cama grande, donde dormíamos mi padre, mi madre y mi hermana. Que un día en vez de ir a la escuela, me escapé con un muchacho que se llamaba Mauro e hicimos el amor en una gruta de toba donde nos quedamos un año y luego nos mudamos a un sótano. Que después de malvivir de lo hurtado, intentamos un robo en una joyería, pero salió mal. Mauro escapó y a mí me encarcelaron... Habría podido contarles mi vida de este modo, pero he preferido decirlo con palabras desnudas, cosas y hechos, para darles el sentido de una vida exactamente como la mía, que está, —por decirlo de alguna manera— encima, como los pasajeros de un tranvía que quisieran salir para respirar y no pueden. Y paciencia si hubiera sido una de aquellas mujeres que agreden a la vida, porque son ellas las que están encima y no la dejan vivir. Pero yo estoy, desgraciadamente, como despellejada en vida; tímida, aprensiva, todo me ofende, me hiere, me hace mal.

Después de casi cuatro años salí de la prisión e inmediatamente fui al encuentro de Mauro, que era el hombre a quien seguía amando. Nos fuimos a vivir juntos y quizá por venganza intentamos de nuevo un golpe en el mismo negocio de joyas, esta vez tratando de forzar de noche la cerradura. Pero salió mal de nuevo, la policía llegó, escapé y a Mauro lo encarcelaron y condenaron. En espera de su salida, me fui a trabajar como recamarera con una familia que había puesto un anuncio en el periódico.

Esta familia estaba compuesta de marido y mujer, y caso extraño, era una pareja muy similar a la nuestra. Como Mauro, el marido era moreno, de cara roja, no muy alto, robusto; como yo, la mujer era una güerita de cara delicada pero con un cuerpo en desacuerdo con la cara, un cuerpo frondoso. La semejanza terminaba allí. El marido era un profesor y la mujer hacía traducciones de una lengua extranjera; en cambio Mauro y yo éramos prácticamente analfabetos ¡Y luego los libros! En su departamento, situado en el último piso de un palacio antiguo, los libros comenzaban en la entrada, tapizaban la sala, continuaban en el corredor, invadían la recámara, se alineaban hasta el baño, y en la cocina. La verdadera diferencia entre Mauro y yo y esta pareja estribaba en estos libros y en las palabras rebuscadas que empleaban al hablar entre ellos y con sus amigos. Eran palabras que, como noté muy pronto, en vez de acercar las cosas, de

confundirse con las cosas, las alejaban, las anulaban. La vida, en resumen, no estaba sobre ellos como conmigo y con Mauro, porque ellos tenían a distancia todas las cosas con las cuales están hechas las palabras que se intercambiaban y aquellas que leían en los libros, palabras que eran antes que nada palabras y luego, quizá alguna vez, también cosas. Sí, ellos se defendían de las ofensas de la vida con las palabras, como de la lluvia o del viento, con los gruesos muros de su apartamento. En cambio Mauro y yo estábamos a la intemperie; y cuando hablábamos, hablábamos solamente de cosas. ¿Cómo leer libros si no creemos, como mis patrones, que las palabras no son cosas?

Finalmente Mauro salió de la prisión y yo dejé aquella pareja tan semejante y diversa a la nuestra y me fui a vivir con él a un palacete viejo y deteriorado con unos balcones como la popa de los barcos, bajo el terraplén de la vía férrea. Ahora Mauro andaba con una banda de ladrones que había conocido en prisión y trabajaba con ellos; yo debía permanecer en casa cuidando el botín, cocinar para ellos, estar siempre lista, (servirles) en una palabra. Los días eran largos, permanecía una gran parte de ellos tendida sobre la cama, escuchando el estruendo de los trenes que pasaban. Bajo la cama había una maleta en la cual Mauro día a día guardaba las cosas más valiosas que robaba. De la maleta yo sentía que emanaban hasta mí, a través del colchón, unos vapores embriagantes, porque no hacía más que fantasear. En mis fantasías imaginaba siempre más o menos las mismas cosas: Mauro y yo sentados delante de una mesa llena de libros, en una casa llena de libros. Calmados, serenos, tranquilos, rendidos, hablábamos. ¡Oh cuánto hablábamos!, y nuestra serenidad, lo comprendía, se originaba en las palabras que decíamos, vagas, indirectas, imprecisas, sin sentido, hechas de nada, palabras, palabras, palabras. Cuando terminábamos, detrás de la ventana cerca de la cual estábamos sentados, se incendiaba el crepúsculo. La sala se hundía en la oscuridad, y nosotros serenos, rendidos, tranquilos, continuábamos hablando.

Una de aquellas tardes, Mauro entró a la carretera, jadeante, con la cara de quien tiene al mismo tiempo una gran alegría y miedo. Me mostró dos bolsas de imitación de piel llenas, y dijo que adentro había bastante para vivir tranquilos el resto de nuestros días. ¡Tranquilos!, pensé en mis sueños llenos de palabras y le pregunté qué cosa había en las bolsas.

El corazón me dio un vuelco cuando me dijo que eran alhajas robadas a un comerciante: los joyeros siempre nos habían traído mala suerte.

Mauro me explicó que esta vez no había querido

compartir el botín con los otros y lo dejó todo para sí. Pero los otros lo descubrieron y lo buscarían, por eso convenía escapar de prisa. ¿A dónde? Mauro me mostró dos boletos de avión: "iremos al extranjero". Por lo tanto yo tenía que esconder las bolsas e ir a esperarlo en un bar cercano, a donde él pasaría después a recogerme.

De toda esta explicación sólo he retenido una sola cosa: que debía esconder las bolsas. Comencé a dar señales de que me negaba a hacerlo mientras Mauro retrocedía hacia la cama. Enfurecido me preguntó:

- ¿Se puede saber qué tienes?
- Es que no quiero esconderme nada.
- ¿Cómo?
- No me mires así: me das miedo
- ¿Qué?

No esperó mi respuesta, me tomó de los cabellos, me arrojó sobre la cama. Entonces, mientras luchaba con él, —que unas veces me abofeteaba y otras me encueraba— pensé que ahora sí tenía a la vida verdaderamente encima sin piedad. Sí, era la vida y no Mauro la que me arrancaba la blusa y la falda, se aferraba de mi garganta, me asestaba primero un bofetón y después otro, me tomaba de un brazo y, desnuda como estaba, me arrojaba en medio de la pieza y me ponía encima las bolsas, una en la panza y la otra en el pecho como se pone el ajuar a una mula terca.

Mauro me ayudó a vestirme, después me arrojó fuera de la casa diciéndome: "Ve directamente al bar. No te detengas y espérame allí". Comencé a

subir la escalera con la cabeza baja; las mejillas me ardían aún por las bofetadas; las bolsas me pesaban, una entre las piernas y la otra en el pecho, como si fueran de plomo: y yo me decía que la vida nunca me había oprimido tanto como en aquel momento. En la segunda rampa, en una parte oscura, dos hombres me tomaron de improviso por el brazo, otros dos se precipitaron escaleras arriba, hacia nuestro departamento.

Cerré los ojos y esperé. Los dos que me tenían hablaban; pero yo no los escuchaba porque estaba atenta a otro rumor: el grito que puede dar un hombre cuando lo asesinan. La espectación se prolongó, finalmente se oyó un ruido de pasos, los otros dos habían vuelto. Yo permanecía con los ojos cerrados. Escuché una voz: "Pero ¿en qué lugar podrán estar? Veamos qué nos puede decir ésta. Vamos".

Bajamos. Dos de ellos me sujetaban del brazo y las bolsas se movían más que nunca sobre el pecho y entre las piernas. Un automóvil nos esperaba en la puerta. Me hicieron subir y mientras el automóvil corría comprendí de lo que se trataba: me llevaban al lugar donde por las buenas o por las malas, me obligarían a decir dónde estaban las joyas. Entonces, con un hilo de voz, dije: "Traigo conmigo las bolsas".

El automóvil bruscamente se desvió como si tuviera orejas y lo hubiera hecho por sí mismo. Nos paramos, tal vez era el campo a juzgar por la oscuridad. Los cuatro, como perros sobre un ciervo moribundo, me saltaron encima. Con manos frenéticas me arrancaron la blusa, me levantaron la falda, casi me estrangulaban sacando la bolsa que tenía sobre el pecho y casi me cortaban el vientre arrancando la que tenía entre las piernas. Los dejé hacer, permanecí con los ojos cerrados: estaba segura de que Mauro había muerto y esperaba que también a mí me asesinaran. Pero no fue así. Recuperadas las bolsas, discutieron sobre lo que debían hacer conmigo. Uno pensaba matarme, pero otro dijo que sería una desgracia, era joven y bonita y podía rendirle mucho a él si lograban hacerme trabajar... Entendí que en vez de matarme, me empujarían a un trabajo que, cuando Mauro estaba vivo, no había querido hacer por ninguna razón. Me arrojaron a la cara blusa y falda, el automóvil partió, me vestí de prisa. Después cerré de nuevo los ojos y pensé que ahora ya ni siquiera podía decir que tenía la vida encima. Reducida al cuerpo que no me pertenecía ya y en breve tiempo puesto a la venta, yo me volvería de ahora en adelante una sola cosa para con la vida, y me oprimiría, para decirlo de alguna manera, por mí misma.

¿Quién, después de despojarse de su propio cuerpo, puede seguir viviendo?

